

CÉSAR CABELLO



CUADERNO OBRERO

©César Cabello.

cecabello@gmail.com

Registro de propiedad intelectual No 242.251

Permitida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.

Santiago de Chile 2019.

CONSTRUIRSE UNA CASA

PARA CONMEMORAR UNA VIDA

Al fondo del patio descansan, ordenadas, tus herramientas,
mientras en el suelo, entre inmóviles ladrillos
la losa del radier emerge como una página en blanco
sobre la que trazarás los cimientos
de otra vida que se aproxima.

Primero fue el día
en que abandonaste la casa de tus padres.
Tenías 17 años y el mundo era un gran hotel.
Lo desconocido, una nueva tierra
que se ajustaba a tus proporciones.

Luego vino el dormitorio de una mujer mayor.
Fue ella quien te preguntó:

¿quién eres?
¿a qué lugar pertenecías?
¿qué podías ofrecer?

Y en ese juego nocturno de peón contra reina vieja,
hablaste de tu gusto por los materiales ligeros,
los alimentos perecibles y libro de Proust
que nunca comprendiste del todo.

Asististe a varios funerales.
Fueron menos los matrimonios.
Te emparejaste de nuevo,
ahora con mujeres de lechos más fértiles,
pero que preguntaban lo mismo:

¿quién eres?
¿a qué lugar pertenecías?
¿qué podías ofrecer?

Fue entonces cuando decidiste detener tu marcha
y transformar aquellas preguntas en los pilares
que sostendrían tu residencia.

Entre los escombros de otra vida que se aproxima,
la losa del radier devuelve tu imagen como un espejo.
Si alguna vez tuviste algo que decirles,
esta era tu respuesta.

CASA CON BANDERA CHILENA

Lanzas el metro-carpintero para cuadrar la puerta.
Corrigan con el plomo la altura del nivel.
Clavas en el marco una foto de tu madre
y más abajo enciendes braseros con carbón.

Tres carretillas hondas te pesan en las manos
y los brazos se te rompen con el abuso de las piedras.
Aunque la pared deberá secar
y tus huesos alinearse en el descanso.

Entonces piensas en el animal herido
que enterraste en los cimientos,
en la inclinación de la techumbre
como si *el cielorraso hubiera amenazado*
una vaga llovizna sangrienta.

Te inquietan los días y los maderos que aún faltan,
las planchas de Maciza con las que dividirás los cuartos.
El papel negro y la lana de vidrio te protegen de la noche,
pero nadie cuida a tu familia del crimen que cometiste.

EL OFICIO DE VIVIR

Ampliar tu casa
es disputarle sus dominios a la Muerte.
Cuando el peón ha terminado la faena,
esta lava su cara, sus brazos, su robusto cuello
y se ofrece para sacarlo en andas
como un amortajado.

Pero él no se fía de los límites
que sus manos alcanzan
y se pregunta por la forma
en que avanzamos en la huida,
dejando atrás nuestros escombros.

El peón sabe que, al finalizar,
solo le ha ganado unos metros a la Muerte.

No se fía, porque también el perro fiel
es apartado, de una patada,
de la fila que marcha detrás
del cortejo fúnebre.

ACTA DE UNIÓN

Mi mano, que aún no sabía escribir,
que venía de jugar en el barro con la cara mugrienta,
guardó por mucho tiempo la llave de esta casa,
sin saber que en su interior
mi madre sufría.

Con los hilos de su delantal blanco
remendaba la ropa en mi beneficio
y entrometía las camisas cansadas de mi padre
en las artesas de casas vecinas.

Pero yo, como un adolescente
frente a la comida recalentada
y servida en la misma sartén,
apenas me estremecía
con su hermosura.

Los días han pasado con su carga de años.
Mi padre y yo hemos perdido la capacidad de amar.
Cuando abro la puerta de la que fue mi casa,
la única flor que la embellecía, ella la cortó.

MANO DE OBRA

Esta casa tiene la forma de la noche.
La construyó mi padre sin ser arquitecto.
En ella puso en juego sus horas robadas al trabajo
y la liquidez de un auto que por necesidad
tuvo que venderse.

Esta casa tiene la forma de sus manos,
la estatura media del hombre derrotado bajo la puerta,
por donde solo pasa él y su voz sombría: albañil-cadáver
despedido por una familia numerosa.

Pido permiso para entrar en esta casa,
ponerme al frente de mi madre y mis hermanos,
encolar las sillas y reparar las alas rotas del viejo comedor,
reponer los huesos oxidados de los catres.

Pido permiso para exponer aquí parte de mi historia,
buscar oro al fondo de esa terca palangana
donde hundíamos el rostro
antes de ir a la escuela.

Pido permiso para volver sobre mis pasos,
beber del agua del torrente detenida en la copa.

Quizás mi padre quiera regresar aquí.
Saber que los hijos de un obrero
no tienen edad para abandonarse.

A ESCALA HUMANA

Edifica tu casa a la altura del hombre,
por sobre los hombros de la mujer que te acompaña.
Párate frente a ella y ofrécele el molde definitivo de tus manos,
tus zapatos rotos, su diadema caída, el acta de unión
de sus cuerpos con la tierra.

Y a pesar de que una cabeza de mármol
ruede por la secreta provincia de tu pasado
o de que tus noches se desmoronen al tacto
de vanas caricias, edifica tu casa
a la altura del hombre.

Las estatuas hablan, se inclinan
y te soplan al oído que están muertas.

En lugar de aquel que esperó la infinita gloria
hoy solo queda la maqueta de una flor
que no reemplaza su ausencia.

Mi casa de infancia.
El cerco de madera atravesado por gatos callejeros
que venían en busca de comida.

La palabra «arte»



colgada de un oscuro cuadro
sin fecha ni autor.

Ella dando forma a un jarrón con flores
como si no bastara la atadura de su pelo.
Él con el alma trajinada por la dura vida del jornal.

Mi hermano no ha nacido y mi padre, todavía joven,
entona L'Internazionale comunista
y hace bailar a dos soldados de plomo
nuevos, frente a mis ojos:

¿Cuál eres tú? —pregunta.
El de la izquierda —me apuro en responder.

Entonces toma al otro soldado
lo envuelve en papel de diario
y lo regresa a su caja de siete meses.

MI PADRE, DE PIE, SOBRE UN MOTOR VOLKSWAGEN DE DOS CILINDROS

Me despido de las carrocerías de autos,
abandonadas en los patios de las casas
y talleres mecánicos, del overol azul
que me dio mi padre, junto con un salario
que no alcanzaba a fin de mes.

Me despido de estos poemas,
a los que nunca le llegaron las refacciones
y debieron ser terminados con repuestos hechizos
o partes viejas de otras escrituras.

Me despido de este país y de sus capataces,
de sus ríos de aceite en los que flotan pertrechos
y carburadores quemados.

Me despido de las baterías de autos
que se acumulan unas sobre otras
como reliquias de un tiempo detenido,
incapaces de avanzar por su cuenta
hasta el cementerio de chatarra.

Y me despido de estos objetos, de su muerte limpia,
en manos de quien no les ha encontrado un uso mejor,
para que vuelvan a ser saldos o materia de la poesía.

Me despido de lo inservible
al enterrar este motor Volkswagen, modelo 68.

Y me despido de lo que fui, el hijo de un mecánico
que heredó su oficio a un grupo de iletrados,
a los que nunca pudo contratar
definitivamente.

HIMNO

Yo caminaba por la sala de la fábrica.
Fui un niño en la perspectiva del hierro.
Yo andaba al ritmo de la maquinaria,
de la lírica obrera, de los golpes de martillo.

Mis manos tenían la estatura de las herramientas.
Mi trabajo contravenía al desempleo.

Más de 20 años golpeé la misma herida:
el dolor, las protestas, el cansancio,
la muerte de los amigos.

Yo caminaba por la sala de la fábrica.
Crecí en la perspectiva del hierro.
Fui el ritmo de la maquinaria,
la lírica obrera, los golpes de martillo.

WESTERN O LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

No recuerdo haber jugado más que con trenes en la infancia.
Mis sueños y el peso del hierro me devolvían a una edad remota,
donde la combustión de la sangre y del alma
convergían en el camino interminable
de los rieles.

Iba a ser maquinista (o mecánico de aviación)
pero el trabajo y mis anhelos fueron separados por el tiempo,
como en esa lucha de indios contra vaqueros.

Pienso en esto, sentado frente al polígono fabril
donde se construían las locomotoras
y que hoy albergan las bodegas
de un supermercado.

Solitario, como un vagón fantasma
que retorna sin fuerzas por la vía.
Furioso, contra ese tren negro, sin luces,
en el que se ha convertido mi existencia.

HERRAMIENTAS

Aunque ya no tenga
mis herramientas de trabajo
y el sol reseque los guantes de albañilería,
volverá a mí el júbilo cuando regrese
al polígono industrial vacío,
junto con ese grupo de hombres
que exige la restitución
de sus puestos.

En nuestras peticiones,
el peso del sudor contraviene
al tonelaje de la máquina
y no da licencias
al sindicato prostituido.

El capital no solo expolia el conocimiento,
la memoria y la fuerza, sino que el derecho
a luchar sin armas contra la corporación ruin.

Nos dicen que debemos acceder
a las nuevas condiciones,
firmar en blanco por un mundo satisfecho
que nunca ha estado a nuestro alcance.

No quiero para mí la nostalgia del futuro,
las 12 o 14 horas en que estaré de pie
frente la máquina.

Volverá el júbilo
cuando regrese al polígono industrial vacío
y el empleador entienda que las herramientas
pesan más que nuestras almas.

POBLACIÓN STA. OLGA, LO ESPEJO

50 ANIVERSARIO DE LA POBLACIÓN STA. OLGA

Celebro la sombra de mi infancia en una toma de terrenos,
al grupo de niños con el que jugábamos a explorar
la fábrica abandonada, el hospital inconcluso,
las fronteras de los aeropuertos.

Celebro las horas desérticas,
las hechizas lámparas: velas al interior de tarros de pintura
con las que alumbrábamos la marcha nocturna
de los nuevos pobladores que llegaban por Panamericana
hasta el baldío, todavía sin nombre.

Celebro al homo faber,
a las dirigentas del comité Sta. Olga de Kiev
y al político desconocido que, sin pedir nada a cambio,
convenció al propietario de esos manzanares
para que firmara la expropiación.

Celebro la falta de vigilancia de los primeros años,
el peso del puñal que se aliviana porque caminas solo,
sin detractores.

Y aunque a veces me descubro
envuelto en el ropaje de tus calles,
veo como extiendes tus manos
por encima de mi propia vida,
celebro el día en que me alejé de ti
y solo regresé para cargar el ataúd
en el funeral de un amigo
o consolarme con las mismas verdades
de *El dios abandona a Antonio*.

Celebro que me dieras un lugar,
una tumba donde arrastrar mis colmados huesos,
aún fuertes, aún no heridos por el horror
de tener que recobrarte.

POBLACIÓN Y LÍMITE

Dobla hacia el poniente en Cardenal Caro,
sigue cinco calles hacia abajo.

Habrán hombres esperándote en los callejones,
ancianos jugando ajedrez,
mujeres que transportan ollas con comida
de una vivienda a otra.

Es sábado y el cura de la población vecina
visita nuestras casas.

Propone la construcción de una iglesia
y de una sala de reunión.

Somos 35 familias venidas de Ninguna Parte.
Cada una tomó sus cosas y las instaló en tierra.
Abrió puertas ajustando los marcos
a una estatura mediana.

Cavó un pozo para defecar.

Compartió su sangre y viajó en grupos de 12 jornaleros
hasta las primeras obras de carretera.

Trajo consigo muebles comprados
en los Traperos de Emaús.

Cada una entró a la fuerza
y rechazó carpetas con títulos de dominio.
Casó a sus hijas con los muchachos buenos
y escogió un nombre: Pueblo Hundido, Sta. Olga,
Las Ánimas, Villa Tempestad.

CEMENTERIO METROPOLITANO

No hay lápidas con tu nombre en el lugar.
Desde alguna parte, el aullido de los perros
contesta a las sirenas de ambulancia
que corren de prisa por Panamericana
hacia el centro de Santiago.

Todavía hay signos vitales
en esos cuerpos auxiliados por la medicina.
El mismo accidente, a la misma hora de la noche,
en Límite Urbano, que podría evitarse
con una señalética de NO PASAR.

En medio del eriazo,
colindante con el cementerio,
copula una pareja.
Un vagabundo la observa
e imita la postura de una roca
que ha estado ahí desde el comienzo.

Se masturba y gime como si sollozara.
El pequeño fuego de su respiración
le devuelve un rostro humano,
uno del que nos podamos compadecer
y hablar en este libro.

Quizás el vagabundo y la pareja lo saben.
Están ahí para nosotros. En la penumbra,
no somos más que montículos de piedra
que no logran avergonzarlos.

UTOPIA PANAMERICANA

Vi a Pedro Rafael Hidalgo caminar hacia la carretera.
vestía un terno gris como de funcionario de Gobierno.
Sus cabellos eran cortos y su barba afeitada.
Cuando sonreía agachaba la cabeza.

Pedro Rafael Hidalgo
salía todas las mañanas hacia la carretera.
Era el primero en llegar al paradero de autobuses
y el último en abordar.

No iba hacia el lugar que nos decía
en una de las oficinas del centro.
Pedro Rafael Hidalgo no era administrativo
o encargado de partes de una notaría pública,
era un pintor de brocha gorda
que se avergonzaba de su trabajo.

Tenía el vaivén que adquiere un hombre
después de estar tanto tiempo sobre una escalera
y la fuerza en su brazo derecho era el resultado
de diluir con aguarrás varios tambores de pintura.
Pero aún así vestía un terno gris
como de funcionario de Gobierno.

Todas la mañanas vi a Pedro Rafael Hidalgo
caminar hacia la carretera.
Era el primero en llegar al paradero de autobuses
y el último en continuar con su vida.

JARDINERO DE PALACIO

Todos los lunes, a la misma hora, regresas a esa casa que no es la tuya. Cuando nadie te mira, comes de los árboles frutales que la empleada doméstica del sur plantó para que los hijos del patrón, Josefina, Joaquín y Gabriel, recuerden su infancia como un fruto fresco arrancado con felicidad desde la rama, en las mansas horas del estío.

No son ya las desvencijadas escaleras que adornan con ropa y toallas húmedas el 4to piso de un block de departamentos, en la población Sta. Olga, o el Parque «Violeta Parra», todavía en construcción. Es el mundo interior de una casa ajena: las mocas que se sienten atraídas por el dulce aroma del rosal y que tú recomendaste no poner cerca de la cocina.

Como en el antiguo poema de Tagore, la realidad de la que provienes se desvanece frente tus ojos, mientras, en el suelo, la sombra de un arbusto baja la temperatura del metal de tus cansadas herramientas.

Todos los lunes, a la misma hora, te marchas de esa casa que no es la tuya. Cuando nadie te mira, recibes de la empleada doméstica del sur los 5 mil pesos que valen tu felicidad en los rostros de Josefina, de Joaquín y de Gabriel.

PRIMER ACTO

Carlos Manuel Vergara Santelices, de ocupación camionero, es propietario de una llave inglesa, marca Bahco, heredada de su abuelo, que presta a sus vecinos de la población Sta. Olga para que estos realicen trabajos simples de gasfitería, en sus casas.

SEGUNDO ACTO

Carlos Manuel Vergara Santelices, ahora desempleado, todavía es propietario de una llave inglesa, marca Bahco, heredada de su abuelo, pero esta ya no la presta a sus vecinos de la población Sta. Olga para que realicen trabajos simples de gasfitería, en sus casas.

TERCER ACTO

Carlos Manuel Vergara Santelices, propietario de una llave inglesa, marca Bahco, heredada de su abuelo, ofrece servicios simples de gasfitería o arrienda la herramienta a sus vecinos de la población Sta. Olga para que estos realicen reparaciones por su cuenta, en sus casas.

¿CÓMO SE LLAMA LA OBRA?

DIARIO DE UN CESANTE

Martilla el símbolo de la realidad,
fabrica con él dos pesadas cadenas
que puedas echar sobre tu cuello.
Tus prisiones las llevas contigo a todas partes.
En las oficinas del Registro Civil
un funcionario te descubre:

CON ANTECEDENTES.

El jefe de recursos humanos
de una empresa de carnes y embutidos,
te entrevista. Dice que te llamará
si encuentra una vacante
en el matadero.

Descuentas de tu salario
el número de animales sacrificados en granja.
Te imaginas transportando carros
con cortes de costilla y de osobuco,
vestido con el uniforme de la empresa.

Es entonces cuando adviertes
que han pasado cuatro años
desde tu último empleo
y no sabes si estarás listo.

Una vez por semana,
en el lapso de un mes,
te acercas al almacén de la esquina
y preguntas si alguien ha telefoneado
desde la planta faenadora.
Nadie responde.

Regresas a tu casa y riegas el jardín.
Fumas un poco de cannabis
usando una manzana
como pipa.

Tu mujer y tus hijos discuten
por el reparto de dinero
tras la venta de una lavadora usada
en la feria libre.

Tú no escuchas, tienes sueños más altos.
Te imaginas junto con tus compañeros de trabajo
entrando al bar de la camaradería,
arbitrando un partido de fútbol de infantiles
en la recién inaugurada cancha de cemento
del club al que perteneces.

Anochece y pasan por ti los amigos
de la Quince Sur. Beben cerveza
y fuman otro poco de cannabis
frente al Paradero 24 ½ de Panamericana.

Hablan de lo mal que juega Colo Colo,
del escaso aporte de los refuerzos
y del entrenador argentino
que al finalizar el campeonato
tendrá que irse.

La conversación termina
cuando las botellas se han vaciado
y el fuego del encendedor pasa sin obstáculos
desde el «matacolas» hasta tu garganta.

Vuelves a tu casa de madrugada.
La señora Margarita, que vende papel de diario
y que a esa hora abre su negocio
en la población Sta. Olga,
te pregunta:

—¿Quiere comprar «La Cuarta», «Las Últimas Noticias», «La Tercera»?

—No, mamita, yo leo «El Mercurio» —le respondes—. No tengo dinero.
Estoy buscando trabajo, pero solo sábados y domingos.

—¿Estás «muerto»?

—No, mamita, no se moleste.

LUMPEN

Este es el linaje de Juan, el asesino,
que engendró a Sombra, a Víctima, a Desencanto.
Repartió semilla y bala en Las Ánimas,
Pueblo Hundido y Sta. Olga.

Aquella es la zona muerta
que no está en los expedientes.

A este lote pertenezco.
Trabajo al «portazo»
cuando veo un auto sin ocupantes.
No soy perkin, en cana no cocino o hago aseo.
Me enfrento a puñaladas, en el óvalo,
con un sable y una «sacadora».

Fui parido en medio de un ajuste de cuentas.
El control de la natalidad estuvo a cargo de los militares
y de sus viudas, quienes nos obligaron
a quedarnos detrás de la nube del progreso.

Hasta nuestras escuelas
llegaban las ancianas de CEMA Chile,
para con nuestros propios lápices de colores
registrarnos la cabeza, en busca de liendres y piojos
que serían exterminados con un enjuague
de champú Lindano,
regalado por la dictadura de Augusto.

Tendrían que habernos hecho desaparecer a todos
si no querían parásitos merodeando por su país.

No sé en qué momento la población fue intervenida.
Se llenó de pacos, cuarteles y viejas sapas.
La tierra se subdividió en poblaciones y comunas.

Yo quedé muy lejos aspirando «ñoco» en un eriazo,
entrando a la ciudad por las noches a robar
la exigua recompensa de los seres invisibles
y sin patria.

CRÓNICA ROJA

Indagaciones: carabineros arrebatan un cadáver
a una calle en sombras. Nadie espera ser encontrado
con las manos atadas a la espalda
y con un tiro en la cabeza.

Nos preparábamos para el Vía Crucis
cuando una banda rival llevó a cabo una «mexicana»
y nos devolvió el favor: un muerto y cuatro heridos.

No hubo tiempo para lamentos,
solo para formar un grupo de niños-soldados
que portaron escopetas hechizas
y afinaron su puntería
contra un roído Cristo de madera
colgado de un poste.

El grupo de vándalos, recién entrenado,
se confundió con la procesión
que a esa hora salía de la iglesia.

No hubo rezos ni cuaresma, los fieles, todos de rodillas,
vieron como una bala perforaba el costado de su Señor
y se erigía un nuevo dios en estas poblaciones.

ORACIÓN POR MICHAEL JACKSON

Señor, recibe a este muchacho
que cantó y bailó sin distinción de raza
en los escenarios del mundo entero
y que ahora se presenta ante ti
como uno de tus ángeles más famosos.

Explícale, Señor, que fue un buen modelo
para nuestra naciente clase media:
infantes que mantenían
económicamente a sus familias,
primeros profesionales
egresados de poblaciones
con baja escolaridad.

Y aunque algunos de nosotros reprobáramos
y no llegáramos a ser nunca The Jackson Five,
porque solo nos alcanzó para formar parte
de una banda de delincuentes, dile, Señor,
que lo perdonamos por haberse blanqueado el cuerpo
y por cambiar su rostro con cirugías estéticas
para parecerse a ti o a Peter Pan.

Acá, la moda de ropa importada y el maquillaje
acabaron con algunos de nuestros amigos,
en fiestas que terminaban sin mujeres
y a balazos.

Estuvimos muchos años
escuchando la misma cinta de casete,
ensayando el Moonwalker y enamorándonos
de inmigrantes negras que llegaban a emplearse
a los cafés del centro de Santiago.

Cuéntale, Señor, que a pesar de todo
no lo recordamos como a una pobre mierda del pop,
sino que nos lamentamos por sus acusaciones de pedofilia,
por su adicción a las drogas y por sus últimos discos
que no tuvieron la aprobación de la crítica.

Vicios humanos
de quienes son abusados por el éxito
a temprana edad.

Pídele a Michael, Señor, y que esto no se te olvide,
que obre un milagro en favor de nosotros,
que escuche nuestras peticiones inútiles,
allá donde él está, contigo, en el Futuro.

¡Amén!

MÁXIMAS DEL DELITO DE CUELLO Y CORBATA

Hoy mi hermano apareció en televisión: asaltó un banco.
Lo mostraron con las manos esposadas,
mientras una pareja de policías tapaba su cabeza
con una chaqueta.

Hacía mucho tiempo
que no tenía noticias de mi hermano
y no sabía de su interés por el negocio financiero.

Hablaron mal de él en televisión:
expusieron sus antecedentes,
lo acusaron de liderar una banda de maleantes,
portar armas hechizas
y no comprender las consecuencias de sus actos.

Quizás mi hermano se equivocó.
No quiso ver su rostro en los noticieros.
No fue su culpa. No supo que para asaltar un banco
primero hay que fundarlo.

DE CÓMO NACE UN DELINCUENTE

Hay algo de sociópata, de enfermo,
un leve retardo atribuido al padre
cuando depositó el semen
en el saco de la hembra.

Hay escalofríos, dientes que caen;
cuatro clavos, dos en las muñecas
y uno enterrado en el corazón.

Hay lo inútil, lo innecesario,
porque el desecho también desembarca
en el círculo del poema.

Se regalan ajuares
con los que el lactante enfrentará
sus primeros años de vida: colonias, toallas, pañales,
más un frasco de repelente contra mosquitos y zancudos,
porque lo exterior también recalca en la sangre
y deforma el poema.

Hay familias que se traspasan, de mano en mano,
un objeto robado; abuelos como estatuas
de los que se espera un consejo o, al menos,
una palabra de orden.

Hay confusión, paredes perforadas
tras una balacera, por donde se nos permite mirar
el crudo y repentino nacimiento
de un delincuente.

RAP MAPUCHE

F r e s i a

es una princesa

c a m i n a t o d o e l d í a

juega a la ruleta / machetea 3 monedas

y v u e l v e p a l a p i e z a

Fresia se ha apostado lo poco que tenía

la sombra de un kúpam / una cría envejecida

Fresia es Antilef –un sol contra la bruma–

y también es Salazar –mordida de locura–

Todos se la saltan y se apartan cuando Fresia pasa

se la tratan de pitear / de cambiarle la crianza

Pero ella es así de fiera

No por india ni flotante

ni venida de las copas

Fresia es una princesa

No es su culpa

No

es

su

sangre

es la patria

y la miseria.

DE CÓMO UN DELINCUENTE APRENDE EL CÓDIGO DEL HAMPA

No hay obras. No puede hablar.
El mal se le presenta como un bolo de cenizas
atorado en la garganta.

¡Di amor! ¡Compañerismo!
Pero este no aprende y entra en esa estrecha celda
en la que se ha convertido su corazón.

Allí esconderá el hurto de su primer trabajo,
llevará a una colegiala cimarrera a culear con él,
recibirá a amigos y a desconocidos
hasta altas horas de la noche,
porque el límite, en ese espacio de sombras,
no lo da el cansancio ni la luz que se desvanece
sobre los cuerpos reunidos en silencio.

Sin acepciones ni dobles lecturas,
cada uno será el carcelero del otro.

Ya crecidos, con caras de ángeles corruptos,
solucionarán sus diferencias empujándose,
cuesta abajo, por el despeñadero.

Sus tutores advertirán a la policía sobre estos instintos.
Los futuros delincuentes sonreirán sin entender.
A pesar del juego, sus diminutas almas
se mantendrán inquebrantables.

MARICHIWEU: DIEZ VECES VENCEREMOS

La enemistad se paga con el culo en estos barrios. Así se lo hice notar al Queno, a un sobrino del Queno y a un tío lejano que los visitaba en su casa.

No es que sea zarpao y ande por ahí culeándome a la gente, pero a estos me la debían y tenía que cobrarla.

¡Ayayayayai! –gritaba el Queno con el pico entre las nalgas.
¡Yo soy chico! ¡Soy muy chico! –repetía su sobrino abriéndose de piernas.
¡Deje a los niños tranquilos! –Me advertía el tío, sentado en una estufa,
mientras esperaba su turno.

Todos con el ceño fruncido, la espalda arqueada
y un breve corazón temblando de dolor, de miedo,
ante la inesperada mansedumbre
a la que los tenía sometidos.

Ustedes ya son mías, les decía con cariño, mujereándolos.
Todas pueden visitarme los domingos en la cárcel.
Llevarme mate, cigarrillos y enjuagar mis ropas sucias
con sus llantos de doncellas.

Si ustedes quieren podemos repetirlo.
Vendré a culeármelas de puro gusto,
sin mostrarles quien es el que manda
o pone fianza en estos barrios.

Ya no lloren. Se me fue la onda.
Quise ser tierno, pero no me sale.

Mejor súbanse los pantalones
y no le cuenten a nadie.
No quiero ataos y, menos, con sus señoras.

No es de choro andar peleando
con mujeres.

Au revoir, chiquillas.
Anden calladitas y no le cuenten a nadie.

PROYECTIL

¿Qué hace a un hombre vigilar a otro?
¿Seguir despacio su rutina hasta parecerse a él?
¿Esperar a que su corona caiga con el viento
y como las ratas devorar a oscuras
el pan prodigado bajo la mesa?

¿Qué puede hacer un hombre vigilado por otro?
¿Encontrarse en una fría danza que une
a víctima y a victimario, sin testigos,
en un cruce de caminos?

¿Es cierto que la imagen del homicida
queda impresa en la retina de la víctima
como aquel cuadro de Munch?

¿Y que los perros ladran, la leche se corta
y los recién nacidos se asfixian
luego de salir del útero de sus madres,
vigías de toda desolación?

¿Qué dicen ellas cuando retiran los cuerpos
de sus hijos empaquetados en bolsas plásticas
por el carnicero de la morgue?
¿Cultivan rosas o escupen sobre la fotografía
del verdugo pensando en el ajuste de cuentas?

¿Por qué aquel que huye de la escena del crimen
manifiesta síntomas de un irrefrenable pudor?
¿Acaso pretende salir ileso del fuego cruzado?
¿No somos todos el homicida, el proyectil
y la víctima, reunidos en un punto convenido

con antelación, en donde no hay espacio para el azar
o la desobediencia?

TATUAJES

Marco las consecuencias de mis actos en la piel.
La serpiente enroscada alrededor de un puño:
afrenta y muerte de un policía.

No llevo símbolos religiosos,
a excepción de La Santa Calavera,
que va desde el cuello
hasta la parte inferior de la columna
rozando mis genitales.

Soy la página, el prontuario,
ajeno borrador de sombras para el artista
que dibuja en mí sus advertencias
y a cambio recibe el puñal dorado,
un pedazo de carne al que causa dolor
con los dedos untados en sadismo.

No es necesaria la luz sobre la epidermis
o el discurso de las bellas artes de los campus de Macul,
porque la oscuridad es el lenguaje
de los que pueden ver
una lágrima por cada muerto que cargo:
fantasmas entintados que son mis miedos.

Mi cuerpo es un mensaje de auxilio
y es, también, una trampa
en la que está escrita
la verdadera-peligrosa-humanidad
del delincuente que soy.

EL HOMBRE CULPABLE

TORRE DE REOS REMATADOS

El aire aconchado, irrespirable, en el pabellón de reclusos.
Un pequeño reino de sombras, dividido en cuartos,
que nadie se atreve a cruzar.

La luz acusadora de las patrullas de vigilancia
agudizará el insomnio que padecerán los reos
hasta sus últimos días, cuando el alcaide permita
el retiro de sus cuerpos desde las celdas.

Delincuentes rematados, expiados del porvenir,
que esperan una carta, una visita, para no sicosiarse.

Atrás queda la lista de sus crímenes,
de sus violaciones, el robo a mano armada
en el que perecieron dos adultos y un niño.

A sangre fría
y a pleno uso de su conciencia
dirá el juez que actuaron.

Se acrecentó el número de víctimas,
el modus operandi fue el mismo
en cinco casos, tres de ellos
con resultado fatal.

Están aquí, cargan un pesado burro sobre sus espaldas,
llevan pulseras rojas con un daguerrotipo impreso que dice:

NO MUESTRAN SIGNOS
DE ARREPENTIMIENTO.

Los especialistas en medicina que los escrutan
hablan de sus mentes como de un panal de abejas:
avispones retorcidos, miel agria.

**SE PROHÍBE CUALQUIER RELACIÓN
DE LOS INTERNOS CON EL PERSONAL.**

Si tenemos suerte, amanecerán colgados
de la parte alta de los camarotes.
Vaciados de sí, proscritos
del sistema carcelario.

LAS CULPAS

- ¿Por qué los presos caminan de un lugar a otro cuando salen al patio de recreo? —preguntó el gendarme más joven a uno viejo que lo acompañaba en la guardia.
- Porque piensan —respondió este último.
- ¿Y en qué piensan? —volvió a preguntar.
- En sus crímenes —le contestó.

CANERO VIEJO

No puedo más que contenerme,
pagar con años mis delitos, hasta salir de aquí
y culearme a la misma negra barriobajera
que conocí en la población.

Hacer amigos, pavonearme con ellos
de una hija bien casada y tres nietos
que vendrán a visitarme.

Mentir, agruparme en una «carreta»
y echar a andar las naves de la conversación.
A veces entrecortada por el grito de los carceleros
que piden silencio al interior de las jaulas.

Naufragar, todos los días, contra el mismo cuerpo
que duerme a tu lado y que, al igual que tú,
apoya su cabeza sobre el mástil de los soñadores.

Una gran luna como un remache de acero
oculta los rostros de nosotros, los delincuentes,
en la cárcel de San Miguel.

En una esquina de la celda alguien llora.
Fue violado. No tiene a nadie que lo consuele.
Hasta salir de aquí y ajustar cuentas
con el amor y con sus abusadores.

CONTRATO DE OMISIÓN

¿Cómo puedo retenerte?

Lo que ofrezco son dos hijos sin padre,
una débil luz que cuelga de un faro sin rostro,
la memoria.

¿Qué haces afuera cuando golpeo los candados
dando goznes de dolor y una mano sin uñas
me pide que me detenga, porque alertaré a los guardias
y no habrá nadie que lamente mi partida?

Pero tú insistes en visitar mis restos,
en disuadir a las sombras para que te dejen ver
estos cajones que apenas sostienen expedientes
sin desfondarse.

Lo que ofrezco es un trato justo:

TÚ NO TE PRESENTAS
Y YO ESTOY DE ACUERDO
EN QUE NADA FECUNDE.
LO QUE AQUÍ ESTÁ ESCRITO
SE BORRARÁ AL LEERSE.

MÁS FIEL QUE MUJER DE PRESIDARIO

Mis rodillas se doblan y estoy ante ti dispuesta
al fellatio, a la adoración. Como un pequeño monte
te alzas por encima del razonamiento,
del coito apresurado, por turnos,
en la sala de visitas.

Sin saber de ti, hiero con puntadas
la ropa en tu beneficio, arrastro un bolso con víveres
y ofertas de supermercado.

Me dejo abusar. Mi amor traspasa
el manoseo de los guardias y sus preguntas obscenas.

Estoy sentada aquí, con nuestro hijo
al que le falta un brazo, porque la miseria no es completa
si la mutilación no se hace visible y una piedra cae
bañada de sangre.

En la fila de ingreso a la prisión,
hablo de ti a las esposas de otros reos.
No te conocen, pero todas coincidimos
en que compartimos tu encierro.

CARCELEROS

Cuelgan de sus cinturas un manojito de llaves
como si la libertad fuera un asunto serio.
Le dan importancia a los cerrojos y a las jaulas,
al pichón que nace y nunca abandona el nido.

Se conforman con solo mirar por las rendijas,
unir un pie a una cabeza que pasa y saluda
sin levantar el rostro.

Están del lado de los cerdos y de los capataces,
de los dictadores y de los árbitros de fútbol.
Nunca opinan, pero de noche, antes de dormir,
repasan sus castigos sobre un potro de tortura.

Sus esposas viejas esperan
que les pongan una mano encima
como por la tarde hicieron
con el condenado a muerte.

Pero no pasa nada con estos conchasdesumadre.
Al igual que buitres de pesadas alas,
los carceleros no conocen la carne fresca.

Están del lado de los cerdos y de los capataces,
de los dictadores y de los árbitros de fútbol.
También, de todos nosotros,
cuando ensayamos esta idea
de reclusión.

TORMENTOS

Quiénes son esos que me condenaron,
pusieron cadenas en mis pies y en mi garganta.
Propiciaron mi odio contra la humanidad.

Fui azotado,
obligado a cultivar un oscuro vergel
de árboles caídos y frutos malolientes
como los testículos de un cerdo.

Transformado en un símbolo apátrida,
mis pesados huesos debían levantarse
como dos ruedas oxidadas que tiran del carro
de la servidumbre.

Fui una voz sin cuerpo, un ente diezmado
con castigos específicos:

- cien golpes de látigo
contra la espalda de los adúlteros.
- siete anillos de fuego
en manos de los mentirosos.

Fui arrojado al foso de la conciencia
como un enano gordo y albino,
en brazos de una madre vieja
y desdentada.

Puse mi enorme culo en las rodillas del Demonio.
A su diestra goberné la culpa y supervisé las obras
de los futuros delincuentes.

RECLUSIÓN

Al contemplar el escenario vital sobre el que actuamos en este mundo,
me parece que la vida en general no es, aunque lo debería ser,
sino un acto universal de soledad.

DANIEL DEFOE

¿Dónde están las aladas palabras?
¿El pozo de luz? ¿Aquel recluso muerto en los baños
por el que nadie vino a reclamar su cadáver?

Y yo, ¿para qué pregunto?
El horror es el límite y la distancia
frente aquel interno que nos divierte,
en el anochecer de su celda,
con un desodorante tubular
metido en el culo.

Baila para nosotros,
pero come aparte y existe aparte,
sin su nombre:

Carlos Sebastián Alfonso,
condenado a 20 años
por estupro y violación.

No hay interno que no sea Dédalo
encarcelado en su laberinto
y que no ensaye un argumento
de testimonio falso,
donde él es la única medida que frena
la noche y su avance.

Estoy sentado frente a un espejo
e imito la postura del modelo de Rodin:

¿Dónde están las aladas palabras?
¿El pozo de luz? ¿Mis ahogadas pasiones?
¿Aquel recluso muerto en los baños
por el que nadie vino a reclamar su cadáver?

GIOVANNI BATISTA PIRANESI

¿Quién recurre al sol para inundar las urnas?
¿Derribar las puertas de las casas de los reos?
¿Desplegar una tortura infame contra aquellos
que no pueden defenderse?

¿No te basta con exponer
las sombras de tu invención
a la crítica del arte?
¿Llenar de andamios y escaleras,
que conducen, a ningún lugar,
un frío depósito de huesos?

Lo que sucede en cana no se cuenta, Piranesi.
No se nos permite llorar. Nuestras familias reciben de nosotros
llamadas desde los teléfonos que no requisa Gendarmería:

¡Aló! Estamos bien. A un compañero de la torre cuatro,
la de primerizos, lo encontraron muerto en el baño.

Las razones se omiten, Piranesi. Nadie sabe lo que pasó.
Caminas con tus deudas impagas hacia los dormitorios.
Y lo haces solo, librando a los tuyos de la responsabilidad
de sacarte en andas dentro de un cajón.

**NADIE TE OBLIGÓ A DELINQUIR, PIRANESI.
CUALQUIER EXCUSA ES LAMENTO DE MARICONES.**

PURGATORIO

Esas voces declinadas,
demenciales, obedientes,
desplazadas del canto abisal de la mañana,
hacia abrevaderos sin luz,
como pilas de cadáveres
que desbordan los sanitarios,
los pesados colchones,
las cloacas donde va a caer
la mierda de la ciudad,
asoman en las laderas del mundo
para decirnos que Dios se equivoca,
que un puñado de cerdos
no son sus hijos.

Esas voces altaneras, impertinentes,
como búhos en el mástil de la noche,
como estrellas pudriéndose,
encumbradas apenas sobre las cenizas,
sobre los cuartos de enfermos,
nos guían hacia el abismo,
hacia cuarteles olvidados
donde no hay refugio.

Esas voces, retornadas del mal,
con las que compartimos el tortuoso
soliloquio carcelario,
confían tanto en los hombres
como en el porvenir del cianuro.

Esas voces que se buscan a sí mismas
en la sacrílega oscuridad de sus celdas,

saben que un camarada vivo
o el beneficio de una visita
no es más que una pequeña ampliación
al sufrimiento.

CARNE DE SACRIFICIO

Reos apostados en celdas de castigo,
algunos de ellos vestidos de mujer,
beben la substancia de otros reos
como zánganos expulsados
de la flor.

Semen que solo engendra muerte y agonía.
Para eso están el perkin
y el caballo que culea yeguas
en la cárcel.

Desprecian, en el coito, la concepción.
Se erigen como estatuas de ruina y de sometimiento,
después de «guerrear» para no ser abusados.

Y aunque algunos se enamoran
no llegan nunca a concebir: aumentar las cifras
de la población penitenciaria.

El amor es una sombra imputable entre dos presos
de la que solo se escapa convertido en un desviado
que los demás internos no respetan.

Porque la Ley natural es anterior a la Ley del hombre
y la masculinidad es la carne que se entrega en sacrificio
cuando no hay nada que ofrecer.

LAS ÁGUILAS

Me persiguen. Lentamente las águilas
acuden al llamado del juez como custodias
del único hombre verdadero.

Difícil es traspasar aquel muro de alas y grandes edificios
para un mortal que, ataviado de piedras y cadenas,
habita en la orfandad.

No hay actos de heroísmo ni falsas promesas,
cada niño al nacer recibe un pichón de águila
del que cuidará hasta su etapa adulta.

No todos tuvimos la protección del pájaro,
a algunos de nosotros nos fue dado un cerdo,
una madre alcohólica y un revólver.

La balanza inclinada
hacia un solo lado
de la justicia.

No elegimos bien
y nos hundimos en ríos de estiércol
por donde pasaban manicomios,
cárceles sin tripulación.

Prisioneros fuimos de las sombras de las águilas
proyectadas en nuestra conciencia.
Ahora declaramos ante el juez
como esbirros del sistema
carcelario.

RECLUSOS CHILENOS CONOCEN A CRISTO EN LA CÁRCEL

Se ocultan detrás de sus ternos evangélicos,
de su Biblia de tapas rojas, los reclutas de la fe.
Reincidentes son de la palabra que engaña
a jueces y a fiscales, declaración y fábula
de delincuentes que navegan
sobre las mareas cambiantes
del verso.

Según corresponda
y no haya peligro de naufragar
en una cárcel sin amigos o beneficios.

El coa, al igual que la religión,
soportan al delincuente
con su verdad a medias,
metáforas que sacuden su lodo negro
sobre estos poemas.

En el pequeño teatro de la reclusión
cualquier mentira es útil para zafar,
conseguir una anotación de buena conducta
o ganar un punto en tu solicitud
de rebaja de condena.

Si las cámaras de vigilancia te graban
hablando en solitario con tu propia sombra,
di que encontraste a Dios o que te fue revelado
el misterio de la poesía.

Disfruta de tu tiempo mítico,
reducido a tres años y un día en el Reino de los Cielos.

Canta y sé esa oveja que se alza inefable
por encima de los muros del penal.

TRABAJOS FORZADOS

Levanta una a una las piedras,
no para alzarte contra los poderosos,
sino para edificar la casa en que perecerás.

Deja la violencia a aquellos que te condenaron,
a los que provocan vejaciones, pero que se dejan culear
por el cerdo que maneja la libreta de contactos.

La criminología descifró tu mente
y te obligó a crear nuevos métodos para delinquir.
Abandonaste los tribunales, las tiranías,
el brazo estatal que moldea delincuentes
desde las sombras,
para que el espectáculo
de la justicia funcione.

Pero no todo es tan lejano
como un lucero en cenizas.
Los crímenes por los que se te acusa
completan ritos familiares,
bocas que se aman sobre sexos dormidos,
mientras cabos de guardia recorren la ciudad.

Levanta una a una las piedras,
no para alzarte contra los poderosos,
sino contra aquello que no vulneras
y que aceptas como solución
a tu castigo.

TÚNEL

Si miras hacia abajo verás el abismo,
a un grupo de ángeles-delincuentes
despojados de sus alas,
que visten túnicas del pabellón de reclusos.

Galerías sin aire, patrones de luz
que aprendes a reconocer cuando,
en el exterior, cambian las estaciones.

Y, desde arriba, escuchas decir a un traficante de drogas
que el poema es un paquete de marihuana
de cinco mil pesos:

dos o tres cogollos
como versos relucientes
sobre una cama de hojas secas
que han perdido su poder de alucinación.

No te quedan fuerzas,
pero cavas hasta conectarte con otros túneles,
con otros condenados a los que les espera
la misma pared impenetrable,
porque solo así tiene sentido
tanto silencio.

Vuelves a nacer fuera del parto,
de una madre muerta
a la que debes encontrar
y darle sepultura,
porque solo así el túnel es mítico
y las sombras dejan de ser enemigas del instante.

Sentado, sobre un montículo de huesos
de otros reos que quedaron en el camino,
preguntas a los que pasan:

¿Existe una salida?

CRÓNICA DE FRONTERA

DE CÓMO APRENDIMOS EL ARTE DE LA GUERRA

Algunos de los hijos y nietos de los mapuches que emigraron desde el sur a Santiago escuchamos en nuestra infancia los relatos de las guerras sostenidas por nuestros antepasados, primero, contra el español y, luego, contra el Estado chileno. En esos relatos que mi abuelo contaba como si fueran las partes de un gran cuadro marcial se mezclaban –junto a las campañas militares y a los nombres del Kùlampang, Kalfùlikan, Kalfükura y Leftrarú– las pequeñas historias familiares y las descripciones del paisaje natural y cultural que, durante las décadas del 30 y del 40, asomaban en Molco, una localidad cercana a Pitrufquén, que fue el lugar donde él vino al mundo y en el que pasó los primeros años de su vida.

Mi abuelo, un mapuche alto y delgado, hijo de Rosario Pichun Huilquiman y de un capataz de fundo de apellidos Salazar Avilés, mostró desde siempre una fijación particular por las armas y los asuntos de guerra. El libro personal de mi abuelo afirmaba que, a partir de un hecho aún desconocido, a la edad de nueve años, su familia decidió enviarlo a cumplir tareas de campo en casa de una tía anciana a la que apenas conocía y cuyo problema mayor eran los intrusos y los espantos que la visitaban. Alejado de su lof, mi abuelo distribuía el tiempo entre las labores de defensa del terreno, que incluían la revisión y el montaje de cercos, disparos y estocadas al aire; el pastoreo de animales, la plantación de verduras y la educación mapuche que a diario recibía de la anciana. Desconozco las razones por las que mis bisabuelos lo apartaron de la familia y lo entregaron a su tía a modo de «prenda», que era la expresión que él utilizaba para explicar su condición. Lo cierto es que, salvo una vez, nunca más volvió a saber de ellos.

Mi madre cuenta que en su niñez observó cómo una mujer de contextura ancha y rasgos afilados, vestida con un traje negro y de la que colgaban relucientes joyas de plata, visitó en Santiago, una mañana, a mi abuelo. Conversaron en la cocina, en una lengua que mi madre y sus tres hermanas desconocían. No se enteró de qué hablaron ni quién era la mujer que los visitaba en ese instante. Solo cuando tuvieron que despedirse, su madre les señaló: díganle chao a su abuela.

Este relato de infancia, que al abuelo le incomodaba, era recurrente en mis conversaciones de niño. Mis dos primos y yo, temerosos de que un día nos sucediera lo mismo, nos confortábamos exagerando la estatura física y el carácter letal del viejo a nuestra edad. Para entonces ya habíamos escuchado varias veces la historia de cómo un día, hastiado del anonimato y de la burla del tiempo, el abuelo resolvió abandonar, a escondidas, a la anciana y enrolarse en el servicio militar, al que llegó tras corroborar su existencia en el registro civil de Temuco. No sabemos si al abandonar Molco, el abuelo llevaba la carga de años requerida por el ejército o si la inscripción de su nacimiento se correspondía con su edad. Pero, por una foto que lo retrata el día de su graduación, junto a un grupo de conscriptos, consentimos en que ese episodio tuvo como escenario el regimiento Tucapel, en la capital de La Araucanía.

De su vida en Molco y su paso por la milicia, mi abuelo aprendió lo que luego reflejaría en nosotros. Al no tener hijos varones y sí una buena camada de nietos, se empeñó en que forjáramos su misma contención a los golpes. Quizás porque éramos los descendientes del indio del barrio, quizás porque pensó que nada más podría ofrecernos.

Las historias de uniformados que mi abuelo narraba eran ilustradas con extensas sesiones de trabajo físico en las que participábamos mis primos y yo. Gobernados por la inapelable mirada del gato de la casa, al que apodábamos «Coronel», pasamos, desde los siete a los doce años, adiestrándonos en el uso de la espada, el arco y los zancos, que él mismo había fabricado para gloria de su vivo y personal ejército. Estas expresiones de lucha, en ocasiones alegres y lúdicas, en otras, severas, discordaban con el lado más íntimo y fronterizo del abuelo, quien –necesitado de un pequeño espacio de confianza– había construido al fondo del patio un cuarto de madera en donde refugiarse de la incompreensión y la soledad. No fueron muchas las veces que, por autorización suya, estuve en ese cuarto. Recuerdo bien su distancia el día en que me sorprendió husmeando sus adentros:

¿Quién habla?

¿Quién molesta al cuervo

en su trono de difunto?
¿Qué remero burla la noche de mis aguas?

El lugar que –tan celosamente– mi abuelo protegía era una pieza que a simple vista podía confundirse con una leñera o un cuarto para trastos, pero que aún así, en su interior, poseía un orden, como un círculo de clavos o de luz hospitalaria. Colgando sobre el piso de tierra, se divisaban una hamaca y algunas cacerolas e instrumentos de cocina; en el suelo, un anafre, una mesa y una silla; un metawe roto; dos cajas con fotografías y papeles ajados; algo de ropa; y el pellejo de una vaca, enrollado y relleno con espuma. Mi abuelo pasaba, a veces, largas temporadas viviendo en el lugar, iba de nuestra casa a su «morada» cuando llegaban mis tías a visitar a mis primos.

–Mucha bulla, Lucy –le decía a mi madre–. Mejor me voy a mi casa.

–Que le vaya bien, papá. Venga a vernos de vez en cuando, no se olvide de nosotros –respondía ella, y sonreía.

Quise siempre que el abuelo me invitara a seguirlo, pero como eso nunca sucedió, me consolaba escuchando las historias de viaje de mis tías y con los libros que ellas les traían de regalo a mis primos, la mayoría con ilustraciones troqueladas que se levantaban de las páginas y con historias algo absurdas, pero emotivas. Por lo menos eso entendía yo al ver a mis primos pasar de la alegría al llanto y, nuevamente, a la felicidad, hasta que se quedaban dormidos y –entonces– podía ocupar un puesto de lector. Supongo que el reencuentro con sus madres y la agitación por los regalos los volvía un poco más afectados.

Como la carencia de libros en mi casa era evidente y la lectura me ayudaba a evadirme de las tragedias familiares, las que cada cierto tiempo se repetían, tuve que recurrir a la biblioteca comunal que funcionaba dentro de una escuela, a unas treinta cuadras de mi casa. El sistema de préstamos exigía la posesión de una cédula de identidad y una edad reglamentaria de catorce años, señalados como primordiales para calificar con la prestación. Yo no tenía ni la edad ni la cédula, así que convencí a mi abuelo para que me acompañara una vez por semana a la

biblioteca y pidiera, a nombre suyo, los dos ejemplares que ofrecían por cinco días y que, mensualmente, solo podían ser renovados una vez. En ocasiones se molestaba un poco cuando insistía exigiendo el mismo libro, como sucedió con *Las Mil y una Noches* y sus historias de *Los hijos del barbero* y *Los viajes de Simbad*; decía que ya debía habérmelas aprendido y me obligaba a que se las contara como «tenían que ser». Yo las conocía bien, pero las mezclaba con otras historias, les cambiaba partes, inventaba personajes y los acomodaba a mi fantasía. Recuerdo una vez en que, en uno de esos ejercicios de imaginación, junté en un mismo relato a Marco Polo y a Simbad.

—Y qué tienen que ver esos dos —me preguntó.

—No sé —le contesté—. Casi siempre andan perdidos y sería bueno que se encontraran.

—Ag! Pájaro de mier...

Todavía estoy huyendo de su enojo.

Esta situación que mi abuelo interpretaba como un defecto mío, lo forzó a contarme sus propias historias y los relatos mapuches que él conocía, los que me hacía repetir delante de la familia y en donde no había espacio para mis alteraciones. Siempre me narró esas historias con una seriedad y una cautela que no empleaba en sus otros actos. Quizás por eso nunca falté a la naturaleza irrenunciable del relato. Me convenía su manera de contarlo y, en especial, eso de encajar las pocas palabras que sabía en castellano junto con otras mapuches y algunas que inventaba, para darse a entender. Había algo de infantil en ese gesto, como cuando los sentidos sobran o los recién nacidos interpretan el amor. De esos primeros conatos verbales aprendí a rodear el mundo con la audición, a montar la vista y a encaminarme hacia las páginas del País Nocturno y Enemigo.

Mi abuelo habitaba su morada a oscuras, como su propio carcelero o un animal de invierno. Yo lo escuchaba cocinar, hablar solo y cantar en mapuche sus letanías:

Tichi Nemül kayngá ta kürüfmayew wichánzüngü allwéngey ngati / Kiñe ngenónewen lán ñi pu nütántu mew / Kizú nga elúfiyiñ fachi pu tronglíke koñi / Fey welú elúngeyiñ pu Wentru ñi Chillká

La Palabra es un espíritu de aire y de justicia / un endeble traficante en las camas de la muerte / a ella le entregamos estas crías desnutridas / a cambio recibimos El Libro de Los Hombres.

Y digo letanías porque –en ese entonces– me daba la impresión de que el abuelo orara y pidiera perdón por algo que había hecho o que no pudiera alcanzar. Había dolor en esos cantos. Muchas veces, en mis poemas, he intentado traducir y sanar de su extrañamiento, que también es el mío. Pero el dolor siempre circulará en mí como otra sangre.

Remover difuntos y arrancarlos de la muerte plantea una cuestión ciertamente espinosa: la tiniebla, por asentada que parezca, termina aflorando tarde o temprano en el mundo de los vivos.

FORMAS DE LA AUSENCIA

A veces los muertos están aquí,
se mezclan con las palabras y con el horror
de nuestros días.

Solo ellos saben darle a la ausencia
un peso humano, quitarle gravedad
o disiparla.

Repiten sus rasgos
en el nuevo integrante
de la familia.

Solo ellos saben darle al dolor
un rostro conocido.

Se mezclan con nuestra risa
o con la sombra de un perro echado
bajo la mesa.

Solo ellos saben darle al dolor
una nueva máscara
y un fondo de liviandad
a sus propios huesos.

A veces los muertos están aquí.
Saben callarse y dejarnos a solas
con nuestras palabras.

EL MUERTO

¿Por qué bajas los párpados?

Ya no será necesario
que te reconcilies con los espejos.
Todos los que estamos aquí
hemos visto un cadáver.

Solo la poesía puede aparecer
en un lugar semejante.

La verdadera muerte
está en la infancia de las palabras.
El vacío nunca tuvo edad ni morada.

Llevamos en nuestra memoria el desierto
y nos echamos a llorar
porque las piedras no se hornean
como el pan que anhelamos.

El vacío no tiene por qué lamentarse,
siempre viajó en el velamen del pájaro
que muda en apariencias.

¿Por qué bajas los párpados?
Solo la poesía puede aparecer
en un lugar semejante.

El vacío nunca tuvo edad ni morada.
Ya sabemos que estás muerto.

A LA MANERA DE SEAMUS HEANEY

Como quien traslada
a un polluelo de halcón desde su nido
y no deja huella de su delicadeza insolente,
mi abuelo ayudó a mi madre
con sus labores de parto.

Él cortó el cordón umbilical
y ató el nudo que me separó
del alumbramiento.

Al perder la luz,
quedé yacente en la tierra,
prisionero de un mundo
que no fue soñado.

Ahora de pie,
junto a la tumba de mi abuelo,
como el nieto de un criador de pájaros
que salda una antigua deuda,
libero tres halcones y devuelvo
el cadáver del viejo al nido.

VISIÓN DE LA ARAUCANÍA

No hay que ir muy lejos para darse cuenta
de que la ciudad de Temuco tiene otro peso en el ojo.
Ni hay que ser un prestidigitador para saber que el alma
posee los colores de la sombra.

Aunque en cualquier ciudad del mundo
estos se transfiguran y termina siendo el asfalto
el que traza su escondite más allá de la llamarada.

Las viejas líneas férreas
no se distinguen entre ocre de los pastizales
y el joven perdiguero es espantado por una pareja
como de un motel barato.

Siempre hablo de sujetos que «tiran» en la calle.
A plena vista, como modelos humanos
que dan cuenta del deterioro de sus afectos.

Así es imposible seguir con la lírica,
detenerme en los amarillos que cubren los semáforos
con su millar de luces cenicientas.

Y la luna azul, en la salida norte de la ciudad,
donde el autor de este poema desaparece
junto al río Cautín.

Podría marcharme sin decir una palabra
sobre la ciudad de mis ancestros
o quedarme como un niño
en el abandono de los parques.

No hay que ir muy lejos para darse cuenta
de que la ciudad de Temuco tiene otro peso en el ojo.
Ni hay que ser un prestidigitador para saber que el alma
posee los colores de la sombra,
y que el indio no tiene alma
porque solo le alcanzó
para dibujar con carboncillo
la breve ilusión de su claroscuro.

Este lugar es duro como el silencio,
pareciera que el hielo y la lluvia
trabajaron ruidosamente para formarlo,
para que en su interior cupiera el hombre
y su vida doméstica.

Este lugar es duro
y no lucha como la madera
para no parecer frágil.

No transige si un guardabosques
no es capaz de apreciar las densas sombras
que se crean en la unión de dos piedras.

Este lugar cargado de techos, torres y cornisas,
que da la impresión de triunfar sobre la naturaleza,
no es más que el albergue improvisado
de mi derrota.

Este lugar que escondió una alimentación sencilla,
de colores neutros, hijos numerosos,
no soporta la luz que lo desnuda
como huesos encontrados.

No soporta ver sus superficies quebradas,
sus contornos flotantes, sus vistas semiocultas.
En resumen: su discreción generalizada.

Este lugar no se soporta a sí mismo,
no da espacio para colocar una palabra más,
porque lo sofocado y lo destruido de su delicadeza

lo deja, por lo menos, en suspenso.

Este lugar debiera ser clausurado
y abierto una vez que hunda sus raíces en el amor.
Cuando eso ocurra, podré decir que este lugar fue mío.

FRONTERA

Conozco un lugar donde la leche sabe a heno
y a humo de frontera, donde alemanes y daneses
edifican sus casas de dos habitaciones:
vivienda, almacén y molino.

Conozco un pueblo perseguido
por el Consejo de Defensa del Estado
y al menor de los Peñan, que hasta los doce años
todavía pensaba que era chileno.

Conozco un lugar para el retiro
de los hombres del regimiento Tucapel,
fantasmas que los vivos honraron en el mármol.

Este lugar no se parece a tu casa o a tus enemigos.
No hay nadie allí enumerando tus limitaciones.

Conozco un lugar que edifica monumentos:
desprecia las ruinas y exalta al hombre;
te entrega una bandera y, luego,
la quema en tu cara.

HISTORIA

No fue la noche o la luna de los lobos
aquel aullido horrible que atraviesa páramos y lejanías.
No fue el castellano o los navíos españoles,
encallados en la playa una mañana de octubre.

Eran ellos o nosotros aquel día terrible,
cuando a pedido del rey desbordaron sus armas
contra nuestros caseríos.

Fuimos la guerrilla, fantasmas de Los Andes,
ejército civil que entra en la ciudad
por sus cuatro flancos a caballo.

Todo vino después
del derrumbe de la ideología,
mientras esperábamos el rescate
de nuestros compañeros
en el Gobierno.

No fue la noche o la luna de los lobos
aquel aullido horrible que atraviesa páramos y lejanías.
Era nuestra voz dirigida hacia los acantilados,
hacia los muros del poder que aparta
de sus sombras nuestra historia.

